

podía comprenderse, sin embargo, mirando aquel rostro arrugado de vieja aldeana, cansado de sufrir, mirando aquí y allá con ojos inmóviles, dilatados, secos, que parecían fijos en un punto solo del joven, como en otros que la mirasen fijos, como si no debiera moverse nunca de allí, fijos como si el trayecto no debiese acabar nunca.

Y me pregunté por qué, apenas le hubo visto, no fué á interrogarle con aquella ingénuo ilusión de las madres inocentes, que piden á los desconocidos llegados de América, noticias de su hijo emigrado. Pensé que quizá esperaba que el tranvía parara para interrogarle al lado suyo, pero el tranvía paró y no se movió la anciana. ¿Fué timidez? ¿La detuvo el terror terrible de saber la verdad? Bajó como siempre en el cruce de la calle Veinte de Septiembre, y apenas puso el pie en el suelo, echóse el saco á la espalda, volvió la cabeza atrás para mirar al soldado que se alejaba, y luego siguió adelante para ganarse el pan, inclinada bajo el peso del saco y bajo el peso del dolor.

* * *

Llueve de nuevo y vuelvo á tener que dar la nota de los carruajes cerrados, pero amenizada por una «escena interior» amenísima. Habla en mi

tad de la vía una señora elegante y de pocas carnes, una de esas mujeres que están ya en los límites de la vejez, pero que quieren conservar por lo que se ve, las gracias de la juventud. Evidentemente la fastidia la vecindad de una hermosa joven rubia, regordeta que la ha ofuscado con el esplendor de su rostro y de su belleza, á la que dirige miradas furibundas, como si la quisiera atravesar el pecho. En un ángulo un niño rosado y precioso está sentado sobre las rodillas de su madre, la cual parece no sentir el codo ni las rodillas audaces de un sátiro, un viejo con anteojos de oro, que parece que se derrite á su contacto.— «Envidia, gula y lujuria» - me dice al oído aquel diablo de *Schopenhauer* á quien nada escapa, un amigo mío de primera fuerza, pero hombre galante que no tiene otro defecto que su filosofía, sino fuese, á pesar de esto, inflamable como una cerilla. El tranvía se paró á fin de aguardar la barriga de un buen señor que viene desde lejos á paso de tortuga, como si durmiese caminando, y mi amigo exclama:

— ¡Esto es burlarse del mundo!

Y después dice el cobrador:

— ¿Es que debemos esperar eternamente la llegada de ese paquidermo? Vamos, adelante, sino no llegaremos nunca.

— «Impaciencia é ira» — lo digo yo señalándole al pecho con el dedo, y mi amigo se sonríe amargamente. Sube finalmente el paquidermo, se sienta y marcha el tranvía. Pero hé aquí que después de haber pagado el billete el nuevo pasajero, deja caer del portamonedas una pieza de cinco céntimos que rueda entre los pies de los demás. Se inclina el

cobrador, se incomodan todos los pasajeros, la moneda no se encuentra y se obstina en buscarla, y azorado como si hubiese perdido un diamante.

—Hé ahí—dice alegremente el *Schopenhauer*,—la «avaricia.» Pero su atención la solicita en aquel momento, una anciana señora que ha entrado hace poco rato por la otra parte, la cual, en el momento de pagar advierte casi con espanto, que no lleva el portamonedas.

—Permitame que pague por usted señora,—la dice cortésmente un caballero que está á su lado.

—¿A quién deberé pagar estos diez céntimos?—pregunta ella con aire de desconfianza.

—Puede usted dárselos á un pobre,—contesta el pasajero.

La buena señora se queda un momento pensativa... ¿Qué demonio iría pensando aquel cerebro de cucaracha? Toma un aire de gran importancia como si la hubiesen ofendido, tira del cordón de la campanilla, pára el tranvía, y baja rápidamente.

—Y «soberbia» —exclama mi amigo sonriendo.

Todos los siete pecados capitales en un solo trayecto. Estamos buenos ya para un nuevo diluvio. ¡Este resulta un mundo imposible!

*
*
*

Verdaderamente es extraño un mundo en el que pueden hacerse descubrimientos como el que hici-

mos un día en la línea de la Carrera de Casale, yo y un amigo mío, emiliano, crítico literario, é inteligente, coleccionador activísimo de «documentos humanos.» En el momento de tomar el billete, observó y me hizo observar la mano aristocrática del conductor, pequeña y blanca, con los dedos muy finos, á la cual correspondía más en la expresión que en las líneas, su rostro pálido y rodeado con una barba de color castaño y muy fina. De repente el cobrador cambió con el revisor algunas palabras en italiano, pero con aire emiliano, en el cual mi amigo reconoció la pronunciación particular de la clase noble de su región. Observamos su rostro, era singularmente cortés, pero algo tímido como si fuera nuevo en el oficio, al cual sin embargo, parecía querer adaptarse de todas veras.

—Hé aquí un misterio,—exclamó el profesor investigador eterno de hombres y cosas, y apenas el cobrador se alejó un poco de nosotros, preguntó al revisor una cosa que no oí. Aquel que parecía un sacerdote, alto y enjuto, con la voz y el gesto rudos, sonrió y le dió una respuesta que tampoco pude oír.

Mi amigo se estremeció: el cobrador era un conde, uno de los más nobles y más ilustres de una ciudad antigua, y descendiente además, por su madre, de un poeta famoso.

Excitados por la curiosidad, preguntamos al revisor si sabía lo que había hecho que aquel pobre hombre quedara reducido á una condición tan especial. No lo sabía, pero le conocía desde hacía varios meses. Dijo que tenía una gran fuerza de vo-

luntad y que era muy bueno. Desde los primeros días le había dicho el revisor:

—Mire que este oficio no es propio para usted; verá como será imposible que lo ejerza usted.

Pero el conde le contestó con firmeza:

—Ya verá usted como me adaptaré á él, lo mismo que á los otros.

Y, efectivamente, había cumplido su palabra.

Nos dijo el interventor que continuamente le hacía recomendaciones, de que no usara con el público de un exceso de delicadeza, porque no valía la pena; que si alguno le preguntaba con malos modos, le contestara con sequedad, si quería que le respetaran, puesto que tratar á los villanos con guante, hace que se ensoberbezcan más y tengan todavía más altivez.

Pero no podía conseguir su objeto. El cobrador no podía deshacerse de su educación y de su finura habitual... Y así va el mundo! Los pasajeros, por regla general, le trataban peor que á los otros.

En tanto que hablaba el revisor, el cobrador iba tomando, con sus manos patricias, los diez céntimos de las señoras, de las mujeres del pueblo, de los obreros, ninguno de los cuales podía imaginar la sangre purísima que corría por las venas de aquel hombre, que les entregaba el billete con tanto respeto. Yo le miraba, y pensando en tantos otros que se levantan la tapa de los sesos, al primer revés de la fortuna, sentí una simpatía y admiración más vivas, porque soportaba la mala suerte con ánimo sereno y con gran valor, ganándose el pan con un trabajo honesto y mostrándose verdaderamente noble de espíritu, como lo era por su sangre. Cuando

estuvo de nuevo cerca de nosotros, entregó un billete á una graciosa muchacha, que iba con la cabeza descubierta, subida en aquel momento en la plataforma con un gran paquete de panes bajo el brazo, la cual mostróse complacida del acto y de la sonrisa cortés con que se la tomaban sus diez céntimos, y la dió las gracias inclinándose ligeramente.

El profesor preguntó á la muchacha:

¿Quiere usted convertirse en condesa?

Ella le miró asombrada.

Sí, afirmó mi amigo;—no tiene que hacer sino enamorar á este cobrador, que es un conde.

La muchacha soltó una gran carcajada, y luego, dando con el pie á una canasta que contenía el almuerzo del cobrador, dijo:

—Los condes no comen aquí dentro.

Nosotros confirmamos lo que habíamos dicho, y ella continuó riendo, pero, empezando ya á dudar, miró al joven que estaba dentro del carruaje, con viva curiosidad, que poco á poco fué convirtiéndose en una gran seriedad, como si naciera dentro de su pecho un sentimiento de compasión.

Entonces, para disimular este sentimiento, volvió á sonreír, pero volvió á ponerse seria, y después de soltar un «¡Bah!» entre sus labios casi cerrados, expresó su pensamiento con ese refrán filosófico:

—«¡El mundo es una escuela!»

BIBLIOTECA PARTICULAR
DE LA

Srita. Felicitas Lozoya
PROFESORA DE CANTO.

Es, en verdad, un extraño mundo el nuestro, y se advierte mucho más en estos días en que, persistiendo la lluvia y no teniendo nada que hacer, se observa todo que pasaba en las grandes calles de la ciudad, á través de los cristales del coche. Es la linterna mágica de la vía pública, la más curiosa fuga de las más extrañas imágenes que puede crear la mente de un fabricante. Hay aquí una mujer medio desnuda, pintada con colores chillones, que os ofrece una botella de un licor milagroso, y que de repente cede el puesto á un anuncio de una conferencia agraria, al cual sucede un aviso del alcalde, para dejar paso al cartelón anunciador de «La Hija de madama Angot», y el fondo obscuro de una iglesia, en el momento en que un grupo de devotos, saliendo, levantan las cortinas de las puertas. El tranvía va corriendo. Y en tanto que se advierten escaparates lujosos, llenos de calzado y otros de vestidos, se advierten otros escaparates donde la gula puede escojer toda especie de manjares; va corriendo el tranvía, y mientras pasan delante de nuestra vista, la entrada de una taberna, donde se emborrachan diez ó doce amigos, vése otra puerta, que es la entrada del hospicio, donde van á parar la mayor parte de las miserias sociales, lo que la sociedad desecha de su seno, y ampara únicamente la caridad, que no resulta buena ni suficiente, como algunos creen; corre el tranvía, y después de pasar por calles donde todas las casas parecen poco menos que palacios, atraviesa otras callejuelas donde las viviendas de los hombres parecen más bien de topos, ó de cualquier animal inferior, como si no debiera tener ni las seguridades ni la higiene que

son precisas á nuestros semejantes; corre el tranvía, y después de parar por entre jardines, entra en plazas desiertas y se pierden de vista, y así todo va cambiando poco á poco, como en un carnaval extraño, no solamente la vista, sino las ideas, que parece que se enloquecen, y luego se pierde toda claridad, toda fijeza, entre aquella fuga charlatanesca de vanidades, de promesas, de mentiras, de insidias, que producen al mismo tiempo tristeza y compasión.

*
**

Entre mis apuntes, encuentro un cambio general en el estado psicológico de los tranvías.

«Habiendo sucedido á una semana de chubascos, un tiempo sereno y fijo, al calor tórrido y seco, sucedió también una sobreexcitación nerviosa, que hace que la discusión sea más viva, la mímica más violenta, la galantería más atrevida y hace, por fin, que las gentes cuando empiezan á discutir un poco, parece que vayan á concluir mal, á juzgar por lo que se acaloran.»

Uno de los más excitados, en aquellos días, era Carlin, á quien encontré una mañana en una jardi-

nera de las afueras, con el rostro encendido y echada hacia atrás la gorra. Cuando subí, trónaba contra el Imperio Otomano: la noticia de los combates habidos en Macedonia y de la victoria de los turcos, había hecho nacer en su pecho el odio belicoso contra los musulmanes, y vomitaba injurias de muerte contra ellos, mostrando los puños á los que él creía ser de Oriente, Pero en el momento cambió de tema y tendió los puños hacia la parte opuesta de la Suiza, porque supo que en Zurich habían atropellado á algunos operarios italianos, y afirmaba que debían mandarse cien mil hombres, con los alpinos á la cabeza, contra aquellos indecentes que se habían atrevido contra nosotros,—*nosotros*, decía golpeándose el pecho; *nosotros*, repetía, amenazando siempre con el puño.

Luego se tranquilizó algún tanto, hablando de la idea del Comisario civil de Sicilia, aunque para él, era cosa «mal hecha y despótica, darle atribuciones como se le habían dado.» Decía ésto, sin tener la más vaga idea de las condiciones de la isla, por un puro sentimiento atávico que idolatra por la complacencia que le daba el pensamiento de cualquier fuerza que venciera y comprimiase á otra fuerza de lo que él consideraba de justicia y de derecho. Por fin, llegó á una conclusión profunda: todo el mundo andaba de trance, todo eran miserias y desdichas; los únicos felices eran los que se dedicaban á hacer el amor.

—«Nada como el amor,»—decía con una sonrisa que dió á su rostro una expresión desconocida para mí.—Tener una mujer que os quiera, vivir dulcemente con ella, estar siempre á su lado, siempre de

buen humor y de acuerdo, como si nos hubiese casado Nuestro Señor en persona...

Y al decir esto miraba hacia adelante, y siguiendo yo la dirección de su mirada, vi en los tres bancos de delante, los dos pequeños esposos del arrabal de San Donato, que no había visto desde aquel día en la Carrera de Casale.

Pude verla perfectamente á ella, porque estaba sentada un poco de lado, con el rostro vuelto hacia atrás admirando tres espléndidos muchachos rubios, con los vestidos blancos, el más pequeño de los cuales estaba sobre las rodillas de una nodriza engalanada. La gestación, avanzada, había arrugado más aquel rostro, á quien la naturaleza había negado toda gracia femenil y hasta la frescura de la juventud; pero resplandecía, en cambio, sobre sus facciones, la dulcísima savia del sentimiento de la maternidad, que en cada muchacho hace ver á la esposa un hermano de la criatura que espera, y establecer comparaciones amorosas entre aquel que vé y la imagen que anhela. Y este pensamiento llenaba de bondad sus ojos, cuando los fijaba en el más pequeño de los tres chiquillos, el cual la miraba á su vez y sonreía. Ciertamente, mirando al pequeño, hablaba al suyo.

—No será un pequeñuelo como éste,—decía,—tu madre es pobre y no te podrá vestir nunca de esta manera, pero en cambio será tu nodriza, no dormirás nunca sobre senos mercenarios y siempre sobre el suyo, tendrás tantos cuidados, tantos amores, tantas caricias como el hijo de un príncipe

pueda tenerlos, y si no eres tan bello, si no eres tan robusto como éste, yo por lo menos te amaré mucho, y seré feliz teniéndote sobre mis rodillas, y teniéndote de ésta manera diré al mundo entero que eres mi hijo, y te consagraré todas mis fuerzas y mi alma para que seas un hombre, bueno y fuerte, como lo fué mi padre y como lo es mi esposo.

Era tan afectuosa y clara su mirada, que la nodriza al verla, adivinando su pensamiento, levantó un poco al muchacho y le acercó. Entonces ella alargó con rapidez la cabeza y le besó por tres veces ávidamente con los ojos radiantes de ternura y de gratitud...

* * *

Crecen los calores, el sol derrite los cráneos, los cerebros parece que hierven y los cocheros con los ojos encendidos y los rostros sudorosos, gesticulan entre las nubes de polvo, como oradores en la tribuna, incitando con gritos estridentes de beduinos á los caballos que no pueden con su alma. En la línea de Vanchigha me encuentro sentado junto á uno de los cocheros que habla con un amigo, de pie

á su lado, moviendo la mano á cada palabra, como si repartiase bendiciones continuas á los árboles y á las casas. A las primeras palabras noté que no solamente sentía el calor en su rostro, sino que también excitaba su fogosidad y apenas oigo algunas palabras de su discurso, reconozco en él al pobre cochero á quien tocó la desgracia de matar un muchacho en la calle Veinte de Septiembre.

No tenía la embriaguez alegre de siempre: parecía que recordara con tristeza la imágen de su pobre hija enferma desde aquel día nefasto, siempre metida allá en el fondo del lecho, con los ojos hundidos y las manos de color de cera, que se obstinaba diez veces al día en hacer olvidar á su padre sus tristes pensamientos en tanto que le decía:

—No puedo... no puedo más...

En tanto que hablaba, su mano expresaba el dolor con un movimiento trágico.

El amigo le consolaba en vano: él rehusaba los consuelos con movimientos negativos de la cabeza y dando al freno violentas sacudidas. El rumor de una locomotora apagaba por algunos instantes su voz; cuando le oí de nuevo había cambiado el tema de su discurso y era más rápida y viva su palabra. Contaba que un día al llegar á su casa había encontrado sobre la mesa de noche de su hijita, un ramo de flores, un plato de pescado, un frasco de extracto de carne de Liebig y una botella de Marsala.

¿Quién había llevado todo aquello?

Ella; la señora, no había que preguntarlo. El cuarto que había dejado revuelto y de cualquier manera como se encontraba desde hacía varios

días con todos los trastos por enmedio, estaba arreglado y limpio como cuando la pequeñuela estaba buena. Parecía la habitación una capilla en día de fiesta...

—¿Quién había hecho aquello?

Indudablemente no era la portera, que después de acercarse por la mañana hasta la puerta y dar una ojeada, huía como una endemoniada escaleras abajo por temor al contagio.

¡Había sido *ella*! Entró una mañana á visitar á su hijilla y viendo aquel desorden, dijo:

—No quiero que mi pobre enfermita esté entre estos trastos que parecen los de una casa de locos.

Y deprisa y corriendo, sin entretenerse en quitarse siquiera el sombrero y sin cuidarse de que pudiera arrugarse ó manchar su falda, lo había puesto todo en su sitio.

—*Ella* con sus propias manos como si fuera una criada cualquiera, se había cuidado de arreglar su cuarto como pudiera hacerlo una Hermana de la Caridad. Y en el momento de salir la había dicho:

--Di á tu padre que no quiero que beba. ¿Oyes? Acuérdate.

Al llegar á este punto el cochero, brillaron sus ojos, y prorrumpió en una exclamación apasionada.

—¡Ah, no! ¡no hay otra como *ella*! ¡no hay otra señora tan santa como *ella* en toda la comarca!

Y porque el amigo sonriendo le hizo señas de que callara, excitóse más y dando con el puño sobre la barandilla, como irritado por una contradicción:

—Sí, es una santa señora, es un ángel, es la ma-

donna en cuerpo y en alma y quiero gritarlo ante Turín entero, ¿lo entiendes?

Después de escuchar una nueva exhortación de su amigo para que callara, volvióle á dominar el sentimiento de su gratitud en grado máximo, y dijo:

—Sí; de buena gana me haría yo matar por esa señora, me dejaría destrozar, cortar en pedazos. ¡Oh! cuán buena es esa señora, cuánto amor, cuánta alegría esparce por donde quiera que va y qué alma tan santa es la suya.

Y se besaba el dorso de la mano y de nuevo empezaba una letanía en alabanza de doña Quijotina. Cuando bajé y me volví para mirarle le vi todavía con el rostro encendido, la boca abierta como ensalzando las virtudes de doña Quijotina, moviendo la cabeza á cada palabra como si apoyase sus dichos laudatorios, y agitando la fusta á diestro y siniestro como para abrir paso á la plenitud de su pasión.

*
**

Sí, todos estos exaltados y otros como Tintura Migone, para estos como para los otros, parece que el calor, el polvo y el tedio del tiempo les hace

descubrir nueva clase de personas, entre las cuales pueden desfogar su propio mal humor sin peligro alguno. Hay quien empieza á pelearse con el cochero, porque el termómetro ha llegado á 30 grados á la sombra; quien riñe con el cobrador porque el municipio no hace regar bastante las calles, y hay por fin quien pretende que el revisor debe ordenar que se acelere la marcha de los coches, para que, corriendo más, corra también más el aire. Vi el castigo de uno de esos tipos en la calle Reina Margarita, la tarde del domingo último del mes de Julio. Un joven muy elegante, con ademán resuelto, bajó del tranvía hecho una furia después de pelear con el cobrador y en el momento de saltar del carruaje dijo en voz alta para que lo oyéramos todos:

—Voy á quejarme á la dirección.

Un obrero que estaba al lado mío, al oír aquellas palabras y con voz clara y mirando al joven, dijo:

—La dirección está ahí,—y señaló la fachada de una casa sobre una de cuyas puertas se veía un letrero que indicaba que aquel era el domicilio social de la *Compañía Belga*.

El pasajero quedó un momento pensativo, miró hacia donde le había indicado el obrero y se comprendió que no tenía intención de cumplir su amenaza por cuanto dió media vuelta y tomó una dirección contraria de la que con tanta resolución había tomado al bajar del carruaje. Todos los pasajeros que habían contemplado aquella maniobra, soltaron una carcajada, y el joven se marchó más corrido que si le hubiesen dado una tunda de palos.

—Podía haberme dado las gracias por mi indicación,—observó plácidamente el obrero sin sonreír.

Era el latonero socialista, «el eterno» razonador que iba á uno de los suburbios para dar una conferencia, llevando bajo el brazo uno de los registros donde había extractos de diarios y noticias, y tenía al lado suyo un compañero, serio y taciturno como él, cerrajero, de bastante edad, con el pelo gris, amigo suyo y admirador, que solía acompañarle en aquellas jornadas ni más ni menos que si fuera un secretario particular.

Era también un personaje verdaderamente extraño éste, que había encontrado ya varias veces, entrado en el socialismo, no por falta de razonamientos propios, sino por la fe ciega que le inspiraba la razón del otro, cuya cultura rápidamente adquirida y su progreso intelectual, continuamente le parecía un verdadero milagro, más eficaz que ningún otro argumento y que mejor demostraba la justicia de la causa que todos los otros razonamientos que se hubiesen podido hacer. El progreso del hojalatero era continuo verdaderamente: bastó un breve discurso suyo que oí, para probarme que durante los dos meses que no le había visto, su mente se había ensanchado con nuevas ideas y su palabra era más fácil y precisa. Quedé maravillado al oír comentar las pasadas elecciones de diputados en Bélgica, comparándoles con las que se habían celebrado dos años antes, explicando las razones que habían producido el casi aniquilamiento del partido liberal, justificando la alianza de los socialistas con los radicales, la cual se había hecho primeramente sin ninguna concesión peligrosa á su inde-

pendencia para lo porvenir, y explicando que si no hubiese existido la pluralidad de votos, si todos los partidos hubiesen ido á luchar con armas iguales, no del clerical, sino del socialista hubiese sido la victoria. Pero á fuer de hombre práctico que era, no iba á hablar precisamente de eso á su auditorio; iba á persuadirlos de la necesidad de crear una asociación cooperativa con argumentos sacados de su condición y necesidades particulares, que conocía perfectamente, como conocía las necesidades y condiciones de cada suburbio, ó aldehuela comercial, industrial ó agrícola en que debiese hablar. A cada uno de ellos llegaba con una gran copia de observaciones, notas, y cifras recogidas pacientemente en las publicaciones, estadísticas y otras oídas en discursos y conversaciones con gentes cultas y hasta quizá de otros partidos. Y en tanto que departíamos, aprovechaba la ocasión para darme á conocer el plan de su conferencia con aquella sencillez modesta de lenguaje y entonación que producía el milagro de sofocar en sus iguales todos los celos que pudiera despertar su autoridad, y todas las envidias que pudiera excitar su preeminencia intelectual. Observaba yo á su viejo compañero, atento por completo á sus palabras. Nos miraba tan pronto á él como á mí, con una expresión de viva complacencia de amigo, y una altivez de colega; una mezcla que no podía explicar, de amor paternal y de humilde adhesión, tanto más conmovedora cuanto que era visible que su cerebro entorpecido por el desuso, abierto demasiado tarde á aquella nueva luz de ideas, no las comprendía sino por intuición.

Movido de mi curiosidad traté de hacerle hablar y lo logré; terció voluntariamente en la conversación con una vivacidad que me admiró, pero apartándose en seguida del argumento con frases indeterminadas y extrañas que llamaron grandemente mi atención, reconocí al momento el caso aquel indicado por De Vogüé, de una de aquellas doctrinas que siguiendo la ley de la evolución de las ideas, bajan desde la mente inteligente que las concibe hasta las gentes sencillas é incultas, se deforman ó por mejor decir se contraen y cristalizan en un pequeño residuo tenaz, equivalente cuasi á una fuerza de instinto que hubiese nacido en ellos. En mi nuevo interlocutor reconocí en seguida la doctrina de Renan en el *Porvenir de las ciencias* reducida á esta sola idea sencillísima: que gracias al progreso indefinido de las ciencias y en particular de la mecánica, el hombre puede llegar un día á proveerse tan abundantemente y con tan poca fatiga de todo lo que desee, de todas las miserias, de todas las injusticias, de todas las luchas sociales llegando al fin, como le tienen las tempestades al cesar el viento. Yo no sé por qué vías bajó, por qué tragaluz entró en aquella mente, como un rayo de luz en una gruta, la idea única en la cual él tenía fe absoluta, inmóvil, invencible y que era el tema de todos los discursos y la fuente de otras cien ideas en embrión, que no podía expresar por falta de palabras: una cosa que no sabría decir ni él mismo.

De su idea principal no podía yo apenas darme cuenta, cuando por una brusca transición empezó á hablar de los tranvías eléctricos y partiendo de este

31032

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

punto, saltando de repente en alas de la fantasía, de uno á otro asunto, seguía hablando sin parar mientras en la sonrisa de compasión con que su amigo le escuchaba.

Decíanos qué veía las calles recorridas por toda suerte de «automóviles» ligeros como moscas en el aire, los muchachos llevados á la escuela, los operarios al taller, las mujeres al mercado, todas las cosas transportadas al vuelo, la distancia desaparecida, la fatiga suprimida, un ahorro enorme de tiempo y de fuerza, la vida ágil y fácil en todas sus formas, todo rápido como un relámpago; y mientras hablaba, agitaba continuamente las manos como para indicar una cosa que aparece y desaparece. Todavía estaba excitado por la visión que tenía ante sus ojos, cuando bajó con su amigo en la plaza de Victor Manuel para tomar el tranvía de vapor de Moncalieri, y lejanos de mí, movía aún la mano con aquella viveza que resumía toda su doctrina, y su esperanza toda.

*
**

Aquí, durante la última fecha del mes de Junio, encuentro unas líneas que me recuerdan una tarde sofocante en que el tranvía corre bajo los árboles no movidos por un solo hálito, en medio de transeuntes que se dan aire con los sombreros, mostrando á los rayos de los faroles la frente luciente de sudor, entre dos filas de casas altas á cuyas ventanas y terrazas acude sofocada la gente que mira al cielo y á la montaña lejana, con la cabeza vuelta hacia atrás y la boca abierta como si gritase:

—¡Aire! ¡Aire! ¡Aire!

Y también ¡aire! grito yo bebiendo con avidez un poco de fresco que me manda al rostro, el abanico de una señora vecina mía. Pero al pasar por las largas vías populares donde pululan muchachos descalzos, revolcándose por el suelo, que suben á los estribos, que se remedian con los desperdicios y basuras arrojadas á la calle, con el rostro y cuello sucios por las señales que deja tanta porquería tocada, con los brazos y piernas negros hasta el codo y las rodillas, otro grito llega á mis labios. Aire, sí; pero agua también. Agua sí; pero también escuela, y mucha escuela. Y fijo en mi imaginación unas casas bajas y saneadas, con un pequeño jardín, con mucha agua y con mujeres limpias, que aguardan á un esposo aseado. ¡Cuántas enfermedades, cuantas infecciones, cuantos malos gérmenes no derivan de un estado tal de suciedad! ¿De quién es la culpa? Ciertamente que la incuria es muy culpable, pero más lo es la miseria, la ignorancia, la escasez del tiempo, de espacio, de comodidades, falta de dignidad y amor propio de lo que todo aquello se deriva. Y entonces... entonces no en-

cuentro más medio para confortarme que la doctrina del viejo cerrajero: La ciencia es la máquina que nos mueve, la producción multiplicada por el perfeccionamiento del progreso y trabajo universal, y el trabajo abreviado de manera que para todos gane tiempo, fuerza y libertad para dedicarse al cuidado del cuerpo y cultura del espíritu. Mientras siento y me digo estas cosas, advierto el rostro y la mano temblorosa con que el cobrador enciende los faroles del tranvía y veo después un rostro turbado y melancólico que me parece reconocer. Es él, indudablemente; es el pobre cobrador que después de haber sido mortalmente herido por unos pasajeros desconocidos, contra los cuales la Sociedad se ha mostrado parte en la causa, tiembla siempre cuando llega al anochecer por el temor de una venganza, y entonces me imagino la escena salvaje. Pienso en aquellos desconocidos que no provocados, por un instinto de maldad han puesto en peligro de muerte y dejado enfermo para siempre á un hombre infeliz, honesto y bueno, y volviendo á mi ideal de miserias é ignorancias suprimidas me pregunto:

—¿Y la maldad humana podrá suprimirse?

Esta pregunta á la que no puedo contestar, me deja triste y pensativo, por un momento solo. Recuerdo de nuevo al latonero, pienso en otros muchos que trabajan y piensan como él, que difunden entre el pueblo ideas y sentimientos de justicia, de fraternidad, de piedad para los débiles, de horror contra las violencias, que los educan para la vida intelectual, para la dignidad de clases, aptos para

la fé en la fuerza de las ideas y progreso de la civilización; y mis esperanzas vuelven á resurgir, una después de otra, como las luces que brillan y desaparecen á lo largo de la calle.

